

El diálogo psicoanalítico ayer y hoy. ¿Qué ha sido de la asociación libre y de la atención flotante?

Primera parte: Asociación libre. La regla fundamental psicoanalítica

Eduardo Braier

[...] el analítico no hace más que entablar un diálogo con el paciente. No usa instrumento, ni siquiera para reconocer, ni recetar medicamento alguno [...] El analítico recibe al paciente a una hora determinada, le deja hablar, le escucha, le habla a su vez y le deja escucharle.
SIGMUND FREUD (1926), *Psicoanálisis y medicina (Análisis profano)*.

¿Dónde puede decirse, dónde pudo decirse, en algún momento de la historia del hombre, lo que se dice en análisis?
JEAN LAPLANCHE (1999), Breve tratado del inconsciente, *Entre seducción e inspiración: el hombre*.

Resumen

Se trata de una revisión crítica y pormenorizada de las referencias, sobre todo freudianas, aunque también de otros autores, al empleo de la regla de libre asociación en el analizando y de la atención flotante en el analista, componentes esenciales del llamado diálogo analítico, así como de la actual situación en cuanto a la aplicación de estas herramientas terapéuticas en el tratamiento psicoanalítico y en las psicoterapias psicoanalíticas. Debido a su extensión, el trabajo ha sido dividido en dos partes. La primera, aquí presentada, está enteramente dedicada a la asociación libre. La segunda, cuya publicación se prevé para el próximo número de esta revista, prosigue hasta concluir la exposición acerca de la libre asociación para continuar refiriéndose a la atención flotante. Ambas partes describen los fundamentos metapsicológicos de la aplicación de esta peculiar modalidad de comunicación y la manera en que operan en la mente de analizando y analista. Asimismo recogen contribuciones personales del autor y algunas de las controversias y malentendidos que el uso de estos recursos ha venido suscitando, así como viñetas clínicas que ilustran acerca de diversos aspectos del tema.

Palabras clave: *diálogo psicoanalítico, asociación libre, atención flotante, metapsicología, controversias, resistencias, contrarresistencias.*

Abstract

This paper consists of a critical revision and detailed account of Freudian references above all, although other authors are also taken into account, concerning the use of the rule of free association in the analysand and of free-floating attention in the analyst, both essential components of the psychoanalytic dialogue. Also broached is the current situation concerning the application of these therapeutic tools in psychoanalytic treatment and psychoanalytic psychotherapies. Due to its length, the paper has been divided into two parts. The first, herein presented, is totally dedicated to free association. The second, the publication of which is foreseen in the next issue of this journal, refers to free-floating attention. The two describe the metapsychological foundations of the application of these peculiar forms of communication and how they operate in the mind of the analysand and analyst. Personal contributions of the author are also provided as well as some of the controversies and misunderstandings that the use of these tools has

raised. Clinical vignettes that illustrate the various aspects of the subject are also presented.

Keywords: *psychoanalytic dialogue, free association, free-floating attention, metapsychology, controversies, resistances, counter-resistances.*

I. Introducción

El presente estudio consiste en una revisión de diversas cuestiones referidas al *diálogo psicoanalítico*, caracterizado, tal como lo propuso Freud, por la *asociación libre del paciente y la atención flotante del analista* (Freud, 1912; 1912a; 1913; 1925 [1924]).

Hacía tiempo que quería revisar a fondo el tema, ocupándome con detenimiento de los fundamentos y aspectos técnicos del empleo de estos dos recursos, tan propios y distintivos del método psicoanalítico.

La dupla conceptual asociación libre-atención flotante presenta claras confluencias y correlaciones con otra, acaso más frecuentada dentro de la producción bibliográfica: la de la transferencia-contratransferencia, cuya indagación es igualmente de esencial importancia dentro del llamado *campo psicoanalítico* (M. y W. Baranger, 1957).

Freud se refirió a la asociación libre y también a la atención flotante en distintas ocasiones, por lo que sus observaciones se hallan considerablemente esparcidas a lo largo de su obra. He querido reunir las e intentar un cierto ordenamiento de ellas, en especial considerándolas tanto desde la óptica de la primera como desde la segunda tópica. Intento que de este modo estemos en condiciones de apreciar mejor la coherencia y riqueza de las ideas freudianas sobre el particular, valorar más el papel que como cimiento del método psicoanalítico posee este binomio, a veces algo descuidado como tal en la práctica contemporánea, así como de renovar nuestras reflexiones en torno al mismo.

Considero que a estas alturas de la trayectoria del movimiento psicoanalítico, dadas las circunstancias sociales y económicas por las que estamos atravesando y su repercusión en nuestra *praxis*, se hace sumamente necesario reanudar los debates, tanto teóricos como clínicos al respecto.

Se trata de examinar —y ello es un requisito que juzgo básico— *cómo trabajamos*. Estamos habituados a hacerlo, pero en este caso mi propuesta

es que lo sea *desde una mirada específica y exhaustiva* de estos aspectos de la comunicación psicoanalítica. Lo cierto es que, curiosamente, se los trata y discute poco.

Es por lo menos llamativo que no nos dediquemos a debatir más intensamente acerca del empleo de la libre asociación, cuando ha sido considerada por el creador del psicoanálisis la «única condición» a plantear al paciente en el análisis.

¿Qué ha sido de la asociación libre en los tratamientos actuales? Me da la impresión de que la implementación de esta regla ha de estar despertando hoy en día muchas reservas. Con cierta frecuencia esto puede en nuestra práctica directamente no ser posible, aunque hay incluso quienes no recurren a ella por no estar de acuerdo en emplearla.

En cambio, el uso de la atención flotante en el analista parece ser un asunto mucho más aceptado, acaso en forma unánime (salvo que no resulte posible mantenerla, como en los momentos en que asistimos a actuaciones severas de pacientes gravemente perturbados, por ejemplo). ¿Habrán influido en ello ciertas propuestas de Bion que poseen bastante consenso? (y que recordaremos en la segunda parte de este trabajo). A todo esto, antes se hablaba relativamente poco de la atención flotante. Ello sería quizás porque el psicoanálisis ha tardado en ocuparse más de ella, como paralelamente sucedió con la contratransferencia. Sabido es que a los analistas nos costó más decidimos a encarar los problemas que podríamos tener nosotros mismos que los de los pacientes.¹

A la reseña crítica de las propuestas freudianas sumaré algunas contribuciones de otros autores, así como consideraciones personales, en gran medida basadas en mi propia experiencia clínica.

Con el objeto de explorar con cierta minuciosidad la cuestión que nos ocupa y no limitarnos en la observación de las posibilidades que puede llegar a brindar el diálogo analítico como elemento esencial para los fines investigativos y terapéuticos del método psicoanalítico (ambos fines coinciden en la fórmula «hacer consciente lo inconsciente»), me permitiré referirme primeramente al diálogo que puede tener lugar cuando en la *praxis* se dan condiciones apropiadas para su desarrollo; no dejo por ello de reconocer que hoy en día puede tornarse difícil contar con tales condiciones por distintas razones, ligadas tanto a la patología del

paciente (un fronterizo, por ejemplo, que a veces simplemente no puede asociar libremente) como a los distintos cambios que puede experimentar el encuadre que nos vemos obligados a adoptar (sobre todo la acentuada limitación del número de sesiones semanales y la elección de la posición frente a frente en lugar del diván, hechos que dificultan la libre asociación del paciente). Propongo partir entonces de la cura clásica, esto es, la que tiene lugar con un analizando básicamente neurótico, cuando posee vigencia la metáfora arqueológica de Freud, cuenta con un cierto número de sesiones semanales (dos o más, de acuerdo al menos con mi propia manera de trabajar), con la utilización del diván y, sobre todo, con la *regla fundamental* —tal como comenzó Freud a denominarla a partir de 1912 (Freud, 1912a)— explicitada con antelación y convenientemente al paciente, de modo tal que quede establecida para regir desde el comienzo del análisis su comunicación verbal con el analista. A todo esto espero que algunos lectores logren superar la sensación de estar yo hablando de un psicoanálisis como si de un experimento utópico se tratase, o que —lo que sería aún peor— evoque una remanida ortodoxia, un dispositivo y un encuadre anacrónicos y que en cambio puedan seguir adelante en su lectura. Considero que lo que viene a continuación no es tampoco un mero ejercicio nostálgico de lo que el psicoanálisis alguna vez fue, que supuestamente ya no es, o aun que ya no podrá ser. Ocurre que sin duda es en un contexto terapéutico como el que acabo de describir cuando, salvo excepciones, resulta más factible y está más indicado intentar establecer la comunicación analítica tal como fuera recomendada por el creador del psicoanálisis (Freud, 1912; 1913; 1926); también hemos de decir que, felizmente, aún tenemos oportunidad de realizar este tipo de tratamientos, lo que no se limita a los casos en que el analizando es un colega, psicoanalista o psicoterapeuta dinámico, o que aspire a ser alguna de estas dos cosas.

Sucede además que dentro de lo que cabe considerar como *psicoterapias psicoanalíticas*, que a mi modo de ver se presentan con sus analogías pero también importantes diferencias con la cura clásica, si bien la atención flotante del terapeuta puede constituir una constante —salvo excepciones, como por ejemplo en determinados momentos de una sesión de psicoterapia focal, en los que se

podrá recurrir a una atención focalizada (Malan, 1963; Braier, 1981)—, inversamente y por diversos motivos, acerca de los cuales no podré extenderme aquí, la asociación libre del paciente, de acuerdo con la posición de diferentes autores, o no es recomendable o resulta difícilmente aplicable en estos procedimientos (esto último aun cuando se la incluya y por tanto sea enunciada al paciente para que contemos con ella); a menos que se trate de un empleo selectivo y dosificado a partir de un elemento dado del material del paciente (Braier, 1981). A tal elemento se refirió Freud (1916 [1915-16]) llamándolo *representación de partida*. Es, clásicamente, el caso del análisis de los sueños según el método freudiano, por el que, como todos sabemos, se separa el contenido manifiesto en sus distintos componentes, solicitándole al paciente asociaciones a partir de cada uno de ellos.

Debido a su extensión y a los fines de su publicación en esta revista, este trabajo ha sido dividido en dos partes. La primera de ellas, que aquí se presenta, está dedicada enteramente a la regla de la libre asociación. En la segunda, cuya publicación se prevé para el próximo número, me propongo completar mi exposición sobre este tema y abordar a continuación el de la atención flotante.

Aunque sean muy conocidas, no dudaré en reproducir algunas de las formulaciones que efectuaba Freud a sus pacientes con relación a la regla de libre asociación. Estimo poco menos que indispensable hacerlo, con el objeto de emplearlas como referentes para, al desmenuzarlas, extraer conceptos probada o probablemente contenidos en ellas y que juzgo de gran valor, tanto teórico como clínico; desde luego, esto implica asumir el riesgo de caer en lo que pueda ser —o parecer— obvio o redundante. Es que me será inevitable transitar inicialmente por estos enunciados para, a partir de allí, poder ahondar en el tema. Y si me repito algunas veces es en parte porque en esta ocasión se trata de un recurso que utilizo deliberadamente; me inclino por insistir con mis argumentos, en tanto tengo para mí que en nuestra práctica, bajo la forma de desatención o desestimación de algunas de nuestras propias herramientas terapéuticas, los analistas no estamos exentos de desarrollar contrarresistencias al descubrimiento de lo inconsciente en nuestros pacientes, contrarresistencias que finalmente hemos de proponernos vencer.

Comenzaré con la asociación libre. Me interesa desglosar sus múltiples implicancias (por ejemplo, que conlleva una cierta regresión tópica y formal en el analizando y un desdoblamiento de su yo en una parte receptora de sus ocurrencias y otra observadora de estas), así como sus efectos (el acceso a la consciencia de retoños de lo reprimido, el surgimiento del temor a lo propio y desconocido de uno mismo y de determinadas resistencias; la automática transferencia de la instancia crítica en el analista, etcétera).

II. Elogio de la asociación libre

No en vano para Freud la libre asociación constituye la *regla fundamental* o *regla de oro* del psicoanálisis (Freud, 1912a; 1913; 1917 [1916-17]; 1925 [1924]). Estos calificativos lo dicen todo en cuanto a la importancia que el inventor del psicoanálisis le adjudicaba a la hora de realizar la tarea esencial del tratamiento psicoanalítico: el acceso a lo inconsciente del analizando. Ya desde su descripción del sueño de la inyección de Irma apreciamos que Freud (1900 [1899]) habrá de transmitirle al paciente que el éxito del psicoanálisis dependerá de que sea lo más sincero posible en cuanto a respetar y comunicar todo lo que pase por su mente. De mi lectura de la obra freudiana deduzco además que el énfasis del autor en transmitir a sus lectores la importancia que para él tenía esta regla se exteriorizaría, entre otras cosas, en un aspecto que llama especialmente la atención dentro del conjunto de su obra: como cabe comprobar, Freud se empeñó en reproducir textualmente, en numerosos pasajes y con lujo de detalles, distintas frases y términos que utilizaba para dirigirse a sus analizandos al enunciarles dicha regla (véase, por ejemplo, Freud, [1904 1903]; 1913; 1917 [1916-17]; 1923 [1922]. *Psicoanálisis*; 1925 [1924]; 1926).² Recordemos aquí, como breve muestra de ello, lo que en el artículo acerca del «hombre de las ratas», al referirse a la *introducción del tratamiento*, explicita a los lectores que le anuncia a su paciente: «[...] lo comprometo a la única condición de la cura —la de decir todo cuanto se le pase por la cabeza aunque le resulte *desagradable*, aunque le parezca *nimio*, o que *no viene al caso* o es *disparatado* [...]» (Freud, 1909: p. 127-128. Las cursivas son de Freud).

La primera enunciación de esta regla se halla en el capítulo II de la *Interpretación de los sueños* (Freud, 1900 [1899]). Similares indicaciones serán citadas más adelante por Freud. En realidad ya las venía efectuando desde los tiempos de los *Estudios sobre la histeria* (1893-1895a). Sabemos además que una de sus pacientes, Emmy von N., fue quien parece haberle insinuado el camino de la asociación libre, al pedirle que la dejara hablar —«dejarse ir»— sin interrumpirla con preguntas (Freud, 1893-1895). Los precedentes de esa «única condición de la cura» pueden encontrarse en *Sobre la psicoterapia de la histeria*, capítulo IV de *Estudios sobre la histeria*, como cuando Freud, si bien empleaba por entonces como artificio técnico la presión de su mano sobre la frente del paciente, escribe que comprometía a este a que le transmitiera la imagen u ocurrencia, «cualquiera que ella fuere», que surgiría en su mente. Y añadía: «Le digo que no tiene permitido reservárselo por opinar, acaso, que no es lo buscado, lo pertinente, o porque le resulta desagradable decirlo. Nada de crítica ni de reserva, ya provengan del afecto o del menosprecio. Le afirmo que sólo así podremos hallar lo buscado, que así lo hallaremos infaliblemente». (Freud, 1893-1895a: p. 277).

Es interesante destacar que en estas tempranas formulaciones que acostumbraba a realizar Freud en su práctica terapéutica, queda inicial y definitivamente claro que las ocurrencias en cuestión a ser comunicadas por el paciente, además de pensamientos verbales, pueden consistir también en imágenes que este registre. En realidad, las ocurrencias lo abarcan *todo*, y todo es *todo* aquello que pueda ser transmitido al analista por medio de palabras, incluyendo asimismo las vivencias.

A propósito de esto último, encontramos que en la 19.^a de sus *Conferencias de introducción al psicoanálisis*, Freud explicita detalladamente: «Ordenamos al enfermo que se ponga en un estado de calma observación de sí sin reflexión, y nos comunique *todas* las percepciones interiores que pueda tener en ese estado —*sentimientos*, pensamientos, recuerdos—, en la secuencia en la que emergen dentro de él» (Freud, 1917 [1916-17]: p. 263. Las cursivas son mías).

Ya en *Sobre la psicoterapia de la histeria* tendremos ocasión de hallar muy ilustrativas viñetas clínicas, en las que las pesquisas de Freud comenzaban con, por ejemplo, palabras aisladas de

una paciente («era sincera e inteligente y ofrecía una resistencia consciente notablemente baja», comentará acerca de ella), ocurrencias libres que prontamente se irían sucediendo en un encadenamiento asociativo: «Casero-Camisón-Cama-Ciudad-Carromato», a consecuencia de lo cual la paciente recordaría una historia muy reveladora de su vida, que había obrado como un trauma sexual. Dirá Freud: «[...] la significatividad de esta reminiscencia se obtuvo enseguida» (Freud, 1893-1895a: p. 282).

Es por todos conocido además que, en su autoanálisis, el creador del psicoanálisis empleó el método de la libre asociación, particularmente en la interpretación de sus sueños.

Cuando desde la implementación de la primera tópica como modelo de funcionamiento del psiquismo, en la segunda década del pasado siglo el inventor del psicoanálisis definía a veces las resistencias del paciente como «resistencias a asociar libremente» (véase por ejemplo Freud, 1917 [1916-17]), si bien en este caso lo hacía de un modo *parcial* y *pragmático*, nos daba con ello también una idea del valor que le adjudicaba a la libre asociación en el tratamiento psicoanalítico.

Entiendo que un análisis en el que se preserven sus raíces freudianas se habrá de tener muy en cuenta la regla fundamental que, al decir de Laplanche y Pontalis, «[...] estructura la situación analítica». (Laplanche y Pontalis, 1968. «Regla fundamental». Las cursivas son mías). En mi criterio esto último es de esencial importancia. Partiendo de la alusión a la «situación analítica», ello nos sugiere más de una significación, tal como trataré de demostrar más adelante.³ Por lo pronto, y básicamente, el comentario de Laplanche y Pontalis conlleva a mi entender la idea de la creación de un campo singular, investigativo del psiquismo y terapéutico a la vez, que es patrimonio exclusivo del método psicoanalítico. Freud aludió a las «condiciones particularmente favorables» en que tiene lugar el empleo de este método, como cuando se refería a la creación de la neurosis de transferencia, enfermedad artificial, situada en una zona intermedia, nos decía, «entre la enfermedad y la vida» (Freud, 1914). En tales condiciones, todo lo que acontece, en especial lo que deviene de la palabra del analizando, emergente en ese particular estado del psiquismo promovido por la asociación libre, adquiere desde la práctica la propiedad de lo que conocemos como el

material analítico, susceptible de ser interpretado, cumpliendo esta medida técnica a la vez con requisitos éticos (las reglas del juego del análisis han sido concertadas previamente con el paciente). En *El método psicoanalítico de Freud*, escrito por él mismo, pero redactado como si se tratara de una tercera persona, el inventor del psicoanálisis afirma categóricamente: «Gracias a sus esfuerzos por *recopilar este material que en todo otro caso se desdeña*, Freud hizo las observaciones que pasaron a ser decisivas para toda su concepción» (Freud, [1904 1903]: p. 239. Las cursivas son mías). He aquí una frase que refleja no solo la trascendencia de la aplicación del método de la libre asociación, sino también su singularidad.

En los momentos del análisis en que el dispositivo de la asociación libre funciona de modo satisfactorio, emergen en el analizando con mayor facilidad diversos pensamientos y afectos que registran una vinculación directa con deseos, defensas, carencias y necesidades que anidan en las profundidades del inconsciente, lo que por lo general registra una apreciable diferencia con lo que acontece ante un pensamiento regido por el proceso secundario y como tal comunicado al analista; también pueden detectarse conexiones asociativas significativas, que de pronto, en un instante, reflejan una hasta entonces insospechada relación del presente con situaciones y sucesos del pasado infantil presentificado, una transferencia de este último a lo actual o reciente, etc. En resumidas cuentas, se ponen más en evidencia las manifestaciones de la vida psíquica infantil inconscientizada a través de las asociaciones libres, formaciones de compromiso entre representaciones activadas, tendientes a la repetición y la censura que las rechaza.

Pero la aplicación y adecuado aprovechamiento de la libre asociación brillan por su ausencia en algunos análisis, aun en circunstancias en que serían posibles; más adelante examinaremos algunas de las razones a las que esto puede deberse.

Lo que sí comentaré a continuación es que a mi juicio existen marcadas diferencias entre un tratamiento psicoanalítico en el que, en mayor o menor medida, tiene lugar la asociación libre y otro en el que apenas hay señales de esta, debido ya sea a que directamente no resulta aplicable o a que ni siquiera ha sido tenida en cuenta por el analista. Es básicamente a este a quien le cabe la responsabilidad

en lo que a ello concierne; y esto es así desde el comienzo de todo análisis, partiendo del hecho elemental de sí: 1) acostumbra o no transmitir la regla primordial al futuro analizando, sea antes de iniciar el análisis o al poco tiempo de que este se pusiera en marcha. De hacerlo, importa 2) cómo lo hace, esto es, si la explica con suficiente claridad y como una invitación —y no una orden— a adoptarla; 3) interesará si suele reiterar o no su formulación al analizando en diversos momentos del proceso psicoanalítico, eventualmente complementándola con nuevas aclaraciones; en este sentido, junto a la omnipresencia de las resistencias a la labor analítica en el analizando, que es habitual que incidan en el hecho de que este no comprenda del todo bien en qué consiste asociar libremente y encuentre excepciones a la regla (esto es, pensamientos que por su índole cree innecesario y/o no conveniente u oportuno comunicar; *excusas*, al decir de Freud), cabe tener presente que se trata —y casi corresponde poner esto en primer lugar— de un aprendizaje para el paciente, en el que irá progresando mientras vaya paulatinamente identificándose con la función analítica del analista. Escribe Freud: «[...] se obtuvo la técnica de *educarlo* para que renunciase a todas sus actitudes críticas». (Freud (1923 [1922]): p. 234. Las cursivas son mías). 4) Finalmente, importará si el analista acostumbra o no interpretar las resistencias del paciente a asociar libremente, las que llamaron vivamente la atención de Freud desde los primeros tiempos en que comenzó a emplear la libre asociación en sus pacientes (Freud, 1900 [1899]).

Volveremos sobre estos distintos aspectos de nuestra labor.

III. En la intimidad de la asociación libre

Intentemos ahora adentrarnos en el psiquismo del analizando en su relación con la tarea que supone la libre asociación, la que por cierto constituye una particular manera de pensar y de comunicar hablando.

III. 1. Asociación libre y determinismo psíquico

El creador del psicoanálisis tuvo pronto oportunidad de comprobar que en la asociación libre toda ocurrencia remite consciente o

inconscientemente a otros elementos. Así lo recuerda, por ejemplo, en 1923:

En la expectativa (en ese tiempo todavía indemostrada, pero más tarde corroborada por una rica experiencia) *de que todo cuanto al paciente se le ocurría acerca de un determinado punto de partida se hallaba por fuerza en íntima trabazón con este*, se obtuvo la técnica de educarlo para que renunciase a todas sus actitudes críticas, y de aplicar el material de ocurrencias así traído a la luz para el descubrimiento de los nexos buscados. En el vuelco hacia esa técnica, destinada a sustituir a la hipnosis, desempeñó sin duda un papel la sólida confianza en *la existencia de un rígido determinismo dentro de lo anímico* (Freud, 1923 [1922]: p. 234. Las cursivas son mías).

Por lo tanto y ante todo, hemos de tener presente que la asociación libre se basa en el principio del *determinismo psíquico*. La afirmación de la existencia de un determinismo inconsciente, como lo plantea Freud (1923 [1922]), no se reduce a un mero enunciado de características dogmáticas. Antes bien, el devenir mismo de la comunicación psicoanalítica a lo largo del proceso terapéutico permite comprobar su existencia una y otra vez. He aquí la irremplazable e intransferible condición experiencial del análisis personal para reconocer este hecho, análisis que pone vivencialmente al sujeto frente a los significados inconscientes de sus pensamientos y sus actos, con el analista como testigo; de esto nos habló también Freud sobre el final de su vida y de su obra: «Las enseñanzas del psicoanálisis se basan en un número incalculable de observaciones y sólo quien haya repetido esas observaciones en sí mismo y en otros individuos está en condiciones de formarse un juicio propio sobre aquél» (Freud, 1940 [1938]: p. 139).

Para el analista *nada* de lo que el analizando piensa obedece al azar o la casualidad; *todo* lo que se le ocurre al paciente tiene un sentido —más allá de que podamos o no descifrarlo— y un porqué en función de la propia historia del analizando, las circunstancias por las que está atravesando (incluida la transferencia analítica, claro está) cuando le surge ese pensamiento verbal, esa imagen o esa sensación, y remite además a determinados *complejos* (Freud, 1916 [1915-1916]; 1923 [1922]). »).

Por ello Freud insta a «decirlo todo» (Freud (1917 [1916-17])). Le pide al paciente que le transmita

«[...] *todo* cuanto se le pase por la mente y nunca omita algo so pretexto de que por alguna razón le resulte desagradable decirlo» (Freud, 1913: p. 136. Las cursivas son mías).

III. 2. La metáfora freudiana de la visión desde la ventanilla de un tren. El desdoblamiento del yo

Afecto a las metáforas, en especial cuando se trataba de la técnica psicoanalítica, Freud concibió la del viaje en tren para ilustrar al paciente acerca de cómo llevar a cabo la libre asociación. Voy a reproducirla textualmente, ya que considero encierra contenidos muy destacables y en los que convendrá detenernos.

Dirigiéndose al paciente y refiriéndose a la regla fundamental, antes de iniciar el tratamiento psicoanalítico, solía decirle Freud: «Compórtese como lo haría, por ejemplo, un viajero sentado en el tren del lado de la ventanilla que describiera para su vecino del pasillo cómo cambia el paisaje ante su vista» (Freud, 1913: p. 136).⁴

Esta metáfora freudiana me parece a todas luces feliz. El tratamiento es comparado con un viaje. Si nos extendiéramos en el desarrollo de la metáfora, podríamos pensar que el viaje lo es en especial hacia el pasado del paciente y que, como en una travesía real a un territorio desconocido —en este caso se trata del inconsciente—, paciente y analista pueden encontrarse con dificultades para seguir adelante, aunque también con curiosidades y descubrimientos, a veces inquietantes o dolorosos para el analizando, pero que serán experiencias necesarias y valiosas en cuanto a revelar la verdad de su inconsciente. Nos referimos a todo aquello que ha venido determinando la historia personal de aquél, con sus inhibiciones, síntomas y angustias (Freud, 1926 [1925]).

Lo que habrá de ser observado y transmitido por parte del paciente corresponde a algo que, en tanto le viene dado —desde el exterior al que viaja y desde el mundo interior al analizando, procedente del continente desconocido del inconsciente—, no se halla sujeto a un control voluntario; o sea, de lo que propiamente se trata es de propiciar el fluir de un *pensamiento involuntario* (Freud [1904 1903]), modalidad del pensar que se pretende alcance el sujeto al disponerse a asociar libremente. De esta forma, este se habrá convertido en espectador de su propia mente, en la que se sucederán diferentes e

inesperados «paisajes», esto es, representaciones y afectos que ganan la consciencia y sobre los que él habrá de centrar su atención.

Un aspecto no menos importante contenido en la metáfora del tren está dado, tal como puede deducirse de lo que acabamos de expresar, por un peculiar fenómeno que acontece cuando se hace efectiva la libre asociación: el desdoblamiento del yo del analizando, en una parte *protagonista*, que lo será en tanto este experimenta el surgimiento de representaciones representativas y afectivas que irrumpen desde el interior de la psique, y otra *observadora* de sí mismo y *transmisora verbal* de sus ocurrencias al analista (este último representado en la analogía por el «vecino del pasillo»). Dirá al respecto Freud: «El tratamiento se inicia exhortando al paciente a que se ponga en la situación de un atento y desapasionado *observador de sí mismo* [...]» (Freud, 1923 [1922]: p. 234. Las cursivas son mías).

Esta parte observadora del yo se encuentra aliada al analista y, cuando las cosas marchan bien, tiene lugar un desarrollo de la misma, lo que significa que en el analizando se va estableciendo en forma gradual lo que conocemos como la *identificación con la función analítica del analista*.

Escribe Freud (1912) acerca del analizando: «[...] debe comunicar todo cuanto *atrape en su observación de sí*». (p. 115. Las cursivas son mías).

Para el paciente el gran escenario a observar y describir lo que en él sucede es su propia mente, para lo cual habrá de permanecer recostado en el diván y convenientemente distendido, centrando así su atención en la actividad de su psiquismo, es decir en la autopercepción, pensando y hablando con el analista. El no tener frente de sí al analista facilita las posibilidades de expresar más libremente las ocurrencias. Freud opinaba —al parecer se lo decía a Blanton (1974) cuando lo analizaba— que el analizando no debe mirar el rostro del analista porque ello perturbaría su proceso asociativo. En definitiva, diría yo, la posición acostada en el diván ayudará a que el sujeto se concentre en su mundo interior y en la asociación libre (Braier, 2011).

A todo esto el despacho —el encuadre, en general— ha de mantenerse en lo posible estable, exento de estímulos perturbadores, ofreciendo la privacidad, tranquilidad, contención y continuidad requeridas para el diálogo analítico y el proceso terapéutico en su conjunto.

III. 3. La asociación libre vista desde la primera tónica

Sostenemos que la asociación libre del analizando favorece nuestra interpretación de los contenidos inconscientes, pero, procurando profundizar en la cuestión, ¿cómo se explica esto en términos metapsicológicos?

Antes que nada y como ya hemos recordado, cabe tener presente que Freud habrá de implementar el uso de la libre asociación en su labor psicoterapéutica desde antes de 1900 y que, por otro lado, ese mismo año, con la publicación de *La interpretación de los sueños* (Freud, 1900a [1899]) quedará plasmada, en su notable capítulo siete, esta primer teoría de funcionamiento del aparato psíquico que es la llamada primera tónica. Resulta comprensible entonces que la fundamentación y explicación del modo en que opera la asociación libre remitan en principio a los modelos teóricos empleados por el creador del psicoanálisis cuando nació esta regla técnica. La primera tónica será, pues, su primer gran referente teórico, con la represión y el retorno de lo reprimido como mecanismos centrales, siendo en la clínica las psiconeurosis —cuyo mecanismo *princeps*, nos decía Freud, es la represión— las naturales destinatarias de la aplicación de la regla de libre asociación.

Recurramos entonces ahora a una visión desde la primera tónica.

Si el sujeto consigue anular el rechazo de estas ocurrencias espontáneas, al que automáticamente tendemos los humanos —se le ha pedido que suprima la acción de la censura, la que en este caso se refiere a la segunda de ellas, situada entre el preconscious y la consciencia (Freud, 1915), y que es por lo tanto consciente—, el material que aflora con la asociación libre corresponde a los *retoños de lo inconsciente* (Freud [1904 1903]; 1912; 1915; 1940 [1938]). Estos, habiendo sorteado la primera censura, localizada entre el inconsciente y el preconscious, serán en tal caso aceptados dentro del sistema preconscious-consciente, lo que a su vez, siempre y cuando sean comunicados por el paciente, nos habilita para inferir *lo inconsciente*, que, como bien sabemos, no podrá presentarse en la consciencia tal como se hallaría en el sistema inconsciente, habida cuenta de que estos, como los síntomas, son formaciones de compromiso

entre lo reprimido y la represión y que se hallan en conexión con las representaciones inconscientes; operan en estas circunstancias mecanismos propios del proceso primario, tales como el desplazamiento, la condensación y la simbolización, los cuales hacen posible que las representaciones puedan burlar la censura. C. Pla (2007) lo expresa con rotunda claridad: «Lo silenciado, lo reprimido, lo que ha visto denegado su acceso a la consciencia será conducido por el camino de *la asociación libre* —que constituye *el trabajo del análisis*— a la posibilidad de obtener su expresión verbal» (Las cursivas son mías).

Una vez más, esto ya lo había reafirmado Freud al rubricar el papel de la regla fundamental en su definitiva testificación acerca de la técnica psicoanalítica:

Si tras esta consigna [se refiere a decir todo lo que acuda a la mente del analizando] consigue desarraigar su autocrítica, nos ofrecerá una multitud de material, pensamientos, ocurrencias, recuerdos, que están ya bajo el influjo de lo inconsciente, a menudo son *sus directos retoños*, y así nos permiten colegir lo inconsciente reprimido en él y, por medio de nuestra comunicación, ensanchar la noticia que su yo tiene sobre su inconsciente. (Freud, 1940 [1938]. *La técnica psicoanalítica*: Lo escrito entre corchetes y las cursivas son míos).

Las defensas inconscientes son ubicables en el ámbito de la primera censura (con excepción de la negación, que opera en el sistema precc-cc). En relación con ellas cabe entonces incluir las fuerzas resistenciales, que actúan permanentemente para impedir la emergencia de lo reprimido. Son las resistencias *de represión*, de las que Freud nos habla desde épocas tempranas en su obra, como en el artículo *El método psicoanalítico de Freud* ([1904 1903]) y también más adelante, muy en especial en una de las *Conferencias de introducción al psicoanálisis*, aquella que llamó precisamente *Resistencia y represión* (Freud, 1917 [1916-17]), así como en 1926 (Freud [1926 (1925)]). Tales resistencias inciden en el contenido de los retoños, ramificaciones deformadas de lo reprimido y que constituyen desplazamientos sustitutivos de este.

Que los retoños de lo inconsciente superen la primera de las censuras configura solo una parte

del proceso asociativo. Para llegar a ser captados y capturados por el analizando —y, si este los transmitiera habrán por fin de ser conocidos por el analista— tendrán todavía que vencer la segunda censura, cuestión sobre la que luego volveremos, dada su importancia en la cura analítica. Retengamos por ahora este aserto y sigamos adelante, no sin antes decir que, por lo pronto, vemos aquí accionado uno de los dos circuitos, opuestos entre sí y capaces de ser recorridos por la actividad psíquica, que Freud describe en 1915: «[...] en sentido muy general, nuestra actividad anímica se mueve siguiendo dos circuitos contrapuestos [...]». De inmediato, acerca del primero de esos circuitos, que aquí es el que se ha activado en el analizando al asociar libremente, dirá Freud: «[...] avanza desde las pulsiones, a través del sistema *Icc*, hasta el trabajo del pensamiento consciente [...]» (Freud, 1915: p. 200).

Pasemos a otro punto. La asociación libre reconoce al menos dos variantes: *a*) la que podemos llamar *espontánea*, por la que el analizando, al asociar libremente, no parte de ninguna representación en especial que esté predeterminada voluntariamente, y *b*) la que surge *a partir de un elemento dado*, a la que ya hemos citado antes, como cuando el analista le pregunta activamente al paciente qué se le ocurre a propósito de un determinado pensamiento o acción, con, por ejemplo, el *lapsus linguae* que acaba de tener, o un acto sintomático; o sobre todo, ante el empleo de la técnica freudiana de interpretación de los sueños, por la que se propone que el analizando asocie libremente a partir de los distintos elementos que integran el sueño.

La asociación libre espontánea es la consigna que rige durante todo el análisis (lo que precisamente la convierte en *la regla fundamental*), salvo en las consabidas situaciones en que deberá establecerse una pausa, como cuando analizando y analista hablan de cuestiones formales relacionadas con el tratamiento (referidas, por ejemplo, a fechas u horarios de sesiones, anuncios de vacaciones, pago de honorarios, etc.).⁵

Ni que decir tiene que tampoco se pretenderá que el paciente se rija por la regla de la libre asociación las veces en las que necesita ceñirse a un relato hilvanado por cuanto se trata de un asunto suficientemente importante, urgente o aun grave, situación que requiere que la exposición

esté convenientemente organizada según las pautas del proceso secundario y por tanto interrumpir momentáneamente el empleo de la regla. Es siempre el sentido común lo que ha de contar. La asociación libre deberá entonces postergarse para otro momento, más apropiado. Como todos sabemos por experiencia, se trata de situaciones puntuales, que suelen presentarse a lo largo del análisis y en las que desde una cierta mirada, coyunturalmente, nuestra labor terapéutica podrá tener algo más propio de las psicoterapias que del análisis *sensu stricto*. El trascurso de un buen análisis se nutre a menudo de estas secuencias *psicoterapéuticas*, que requieren de esta flexibilidad elemental del analista para llevar adelante el tratamiento sin caer en una postura de absurda y terca rigidez.

Pero volvamos a la libre asociación cuando nos encontramos en las situaciones adecuadas para que la misma tenga lugar.

A continuación reproduciré un fragmento de una de las enunciaciones más claras y detalladas de Freud de la regla fundamental a sus pacientes, que él efectuaba inmediatamente antes de comenzar el análisis. Seguidamente realizaré algunos comentarios en torno a la misma. Decía Freud:

En un aspecto su relato tiene que diferenciarse de una conversación ordinaria. Mientras que en ésta usted procura mantener el hilo de la trama mientras expone, y rechaza todas las ocurrencias perturbadoras y pensamientos colaterales, a fin de no irse por las ramas, como suele decirse, aquí debe proceder de otro modo. Usted observará que en el curso de su relato le acudirán pensamientos diversos que preferiría rechazar con ciertas objeciones críticas. Tendrá la tentación de decirse: eso o estotro no viene al caso, o no tiene ninguna importancia, o es disparatado y por ende no hace falta decirlo. Nunca ceda usted a esa crítica; dígalo a pesar de ella, y aun justamente por haber registrado una repugnancia a hacerlo. [...] Diga, pues, todo cuanto se le pase por la mente (Freud, 1913: p. 135-136).⁶

Al asociar libremente, el paciente debiera adoptar como premisa que habrá de hacerlo sin que sus pensamientos tengan que estar invariablemente regidos por una idea directriz. ¿Qué significa esto teóricamente? Que deberá abstenerse, en lo posible, de condicionar su pensamiento y su comunicación

a una representación-meta consciente (Freud, 1925 [1924]), dejándose llevar por el fluir de su pensamiento y las conexiones asociativas que vayan produciéndose, sin aferrarse a un pensamiento — y al relato de este — hilvanado, dado que al caer en ello (circunstancia por demás frecuente, por cierto, y resistencia al fin, salvo que esté, como antes dije, justificado ante ciertas situaciones) dejaría de lado todas aquellas ocurrencias que, de ser tomadas en cuenta, llevarían las asociaciones por otros caminos, alejados de la idea directriz y de la representación-meta consciente a la que se habría querido llegar. En el momento en que verdaderamente está operando la asociación libre, la representación-meta de la cadena asociativa es inconsciente. En el estado en que se halla el sujeto que está asociando libremente, los encadenamientos asociativos se suceden por contacto, semejanza u oposición; actúan, reiteremos, la condensación y el desplazamiento, mecanismos propios del proceso primario. Propiciamos, pues, el ejercicio de un modo de pensamiento más espontáneo, menos controlado por el proceso secundario y que no ha de tener como condición la coherencia que dicho proceso impone en la consciencia, aunque la libre asociación también pueda incluir pensamientos coherentes. De esta manera, y mientras se logren relajar las censuras, que se hallan al servicio de las resistencias, habrán de aflorar en la consciencia del analizando sus «representaciones involuntarias» (Freud, 1900 [1899]); detrás de las ocurrencias, aun de las aparentemente banales y sin importancia, encontraremos los pensamientos inconscientes.

Para comprender mejor cómo operan las «objeciones críticas» a las que alude Freud (1913) será necesario entrar más en detalles en lo que al ejercicio de la libre asociación se refiere. Distingo en ella dos fases, ya insinuadas renglones atrás. La *primera* corresponde a la aparición en la mente del analizando de pensamientos, sean estos, como ha sido dicho, determinadas ideas (concernientes a un recuerdo, un suceso, un deseo, un sueño, una ocurrencia aislada, etc.), imágenes visuales, o bien puede tratarse de la percepción de sensaciones o sentimientos, contenidos todos que han atravesado la primera censura. Acto seguido, la cuestión depende de lo que con ello hará el sujeto en la intimidad de su actividad psíquica. Una posibilidad es que logre vencer la segunda censura, que normalmente incide

sobre sus ocurrencias, función esta (la censura) que, dicho sea de paso, al concebir su segunda teoría del aparato psíquico, Freud atribuirá al superyó (Freud, 1933 [1932]). Mientras el analizando tolera sus ocurrencias en su consciencia podrá pasar a la *segunda fase*, que consiste en comunicarlas al analista.

La otra posibilidad es la que describía Freud en la siguiente frase: «[...] en el paciente casi siempre emergían copiosas ocurrencias, sólo que *las apartaba de la comunicación, y aun de la consciencia*, en virtud de determinadas objeciones que él mismo se hacía» (Freud, 1923 [1922]: p. 234. Las cursivas son mías).

En este último caso el analizando se enfrenta con que su propio yo opone resistencias a la labor analítica, lo que en realidad muy tempranamente ya había señalado Freud en *Sobre la psicoterapia de la histeria*: «Han prometido decir cuanto se les ocurra [...] Y bien; no mantienen su promesa, *es algo superior a sus fuerzas*. En todos los casos el trabajo se atasca, una y otra vez aseveran que *no se les ocurre nada*. Uno no debe creerles; uno debe suponer siempre, y *también exteriorizarlo*, que ellos se reservan algo porque no lo consideran importante o lo sienten penoso»⁷ (Freud, 1893-1895a: p. 285. Las cursivas son mías).

En estas circunstancias el paciente descarta ocurrencias voluntariamente o hasta llega a reprimirlas en forma instantánea, lo que puede suceder de manera automática y hasta imperceptible para él, en especial si tales ocurrencias le resultan desagradables, inquietantes o perturbadoras; puede hasta no darse por enterado de estas y olvidarlas inmediatamente (Freud, 1900 [1899]).⁸ Pero centrémonos en su oposición deliberada, que es a la que se refiere Freud en la frase que acabo de citar. El analizando exterioriza su resistencia a la labor analítica no cumpliendo con su compromiso de transmitir todas sus ocurrencias, cediendo en cambio a la tendencia de seleccionarlas en función de la intervención de la censura, vale decir, controlando en forma voluntaria y en mayor o menor grado lo que habrá de transmitirle al analista, o incluso permaneciendo en un completo silencio en torno a sus asociaciones. Puede producirse un bloqueo y el paciente llegar a decirnos — desde Freud en adelante todos los analistas estamos acostumbrados a escucharlo — que no se le ocurre nada, o bien

retomar su comunicación a partir de un parlamento con una representación-meta consciente, esto es, a través de un pensamiento gobernado por la lógica del proceso secundario; estas situaciones admiten señalamientos oportunos del analista y en definitiva la interpretación de las resistencias operantes.

Advertimos que esto acontece debido a que, ante sus ocurrencias, en el analizando se han despertado sentimientos que le provocan *reticencias* para colaborar, las que forman parte de las *resistencias*.⁹ Si se me permite la expresión, estas reticencias, plenamente conscientes, «le hacen el caldo gordo» a las resistencias de represión, pudiendo alcanzar gran intensidad.

Todo esto se halla prontamente expresado en la obra de Freud, como por ejemplo en el pasaje de *Sobre la psicoterapia de la histeria* al que ya hemos acudido páginas atrás, cuando comenta que requiere del paciente le diga todo lo que surge en su mente sin suprimirlo «[...] porque *le resulta desagradable decirlo. Nada de crítica ni de reserva, ya provengan del afecto o del menosprecio*» (Freud, 1893-1895a: p. 277. Las cursivas son mías).

Los sentimientos que sus ocurrencias pueden provocar en el analizando suelen ser de los más variados. Entre ellos se destaca el temor, como el relacionado con el juicio que pudieran merecerle al analista; también a que este tome represalias, se predisponga mal, deje de apreciarlo y de interesarse por él; a que piense que está loco por lo aparentemente extraño o extravagante de su ocurrencia, o a que crea que es un tonto, un depravado, una mala persona, etc.; muy en especial, temor a lo propio e indeseable que pudiera existir dentro de sí mismo (a ser homosexual, por ejemplo). Desde luego, el analizando suele experimentar además angustia, repugnancia, culpa, vergüenza, etcétera.

Fue por un sentimiento de vergüenza que «el hombre de los lobos» se opuso inicialmente a revelar a Freud el nombre de una joven campesina de la que se había enamorado. Escribe Freud:

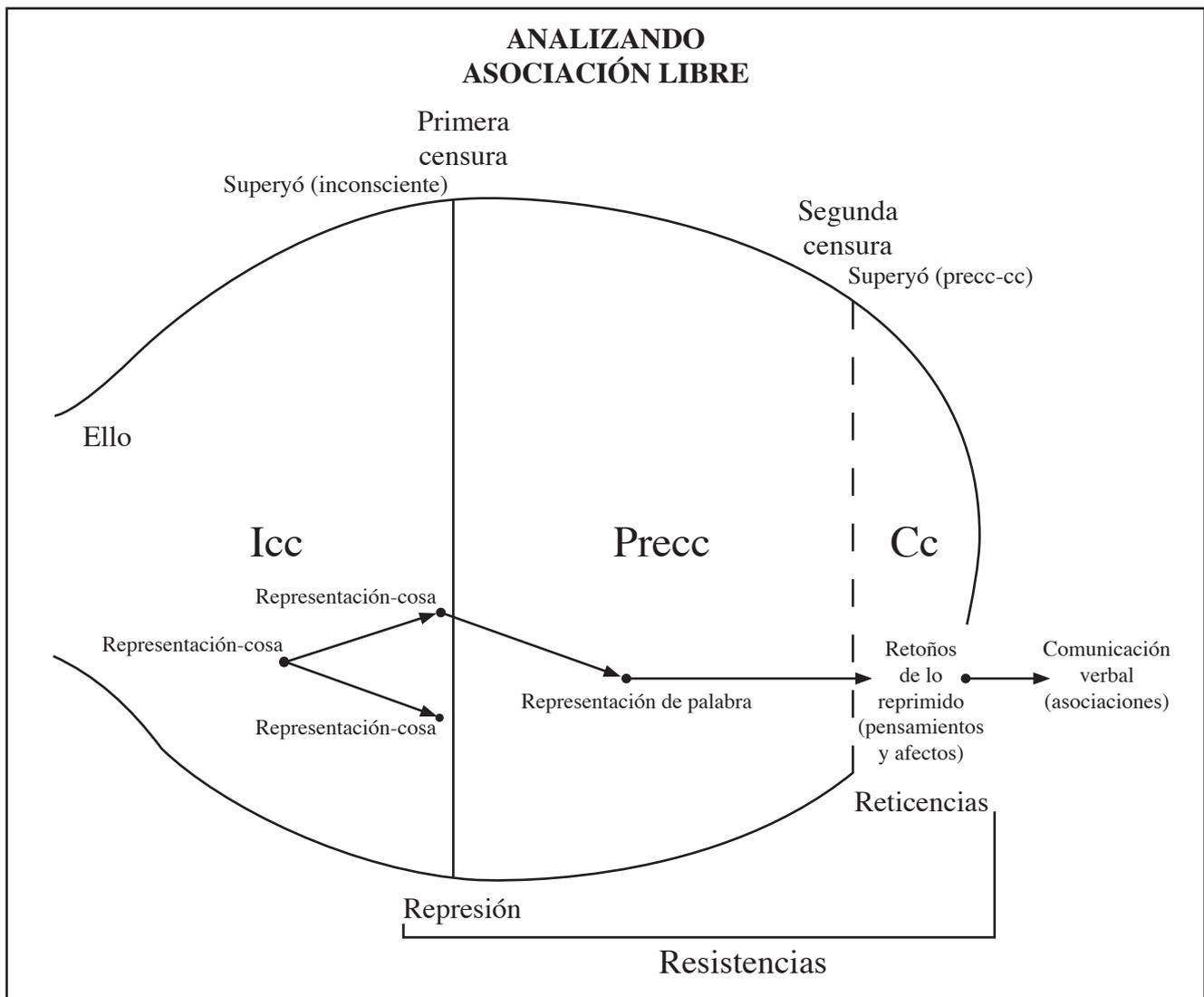
Se había resistido de manera llamativa a comunicar el nombre de esa muchacha. Se trataba de una resistencia totalmente aislada; en lo demás obedecía sin reservas a la regla psicoanalítica fundamental.

Pero aseveraba que debía avergonzarle muchísimo pronunciar ese nombre porque era puramente campesino; una muchacha de mejor posición social no lo llevaría jamás. El nombre, que finalmente se averiguó, era *Matrona*. Tenía resonancia maternal. Era evidente que la vergüenza se encontraba fuera de lugar {*deplacieren*}. No lo avergonzaba el hecho mismo de que tales enamoramientos recayeran exclusivamente en muchachas de ínfima condición; sólo lo avergonzaba el nombre (Freud, 1918 [1914]. Las cursivas son de Freud).

Como cabe apreciar en este pasaje, que nos sirve de contundente ejemplo, nos encontramos con las *reticencias* (vergüenza) al servicio de las *resistencias* (significado edípico del nombre de la joven).

En resumen: debido a estos sentimientos, que funcionan como barrera resistencial desde el terreno de lo preconsciente-consciente, el paciente puede —y suele— abstenerse de comunicar sus asociaciones al analista (Freud, 1916a [1915-16]). En ese caso, no llegamos a enterarnos de los retoños (retornos) de lo reprimido que, en términos de la primera tópica, habiendo atravesado la primera censura, la de la represión, sucumben ante la segunda censura, aun cuando el contenido censurado haya llegado a alcanzar la superficie consciente. Debemos, pues, como lo plantea Freud, interpretar estas resistencias «emocionales», por otro lado invariablemente vinculadas con la transferencia analítica, si queremos propiciar una comunicación más fluida del analizando, lo que constituye una cuestión de crucial importancia, integrada en la tarea global de superación de resistencias (a la labor analítica, a asociar libremente, puntualmente en este caso a comunicar las ocurrencias; por extensión: resistencias a recordar, a revivir situaciones, a comprender el significado profundo de tales ocurrencias, ligadas a los complejos inconscientes, etc.); y, desde luego, conviene hacerlo *en el momento mismo en que dichas resistencias se manifiestan*, si bien no de manera sistemática, puesto que podría resultar excesivo y por ende tener efectos superyoicos indeseables sobre el analizando.

El circuito activado quedaría, pues, representado de la manera que se puede observar en la página siguiente.



En *Psicoanálisis y medicina (Análisis profano)* habrá Freud de remarcar la ventaja que para el analizando supone, en cuanto a su autoconocimiento psicológico, el comprobar que hay cosas de sí mismo de las que no quiere enterarse. Nos dice también allí Freud que ello pone en evidencia al mismo tiempo para el paciente que su yo no posee la unidad que hasta entonces él le atribuía, habiendo una parte que se opone a saber de sí mismo; esta experiencia, agregaría yo, es sumamente necesaria para el paciente, con miras a la realización de la tarea conjunta de vencer sus resistencias al conocimiento de la propia realidad psíquica. Es bajo estas especiales características del tratamiento psicoanalítico, gracias al diálogo *sui generis* que se establece entre paciente y analista, que pueden darse estas comprobaciones en el analizando acerca de su funcionamiento psíquico. Aquí el yo *observador* —que me he permitido describir a punto de partida

en la analogía freudiana del asociar libremente con la visión desde la ventanilla del tren— no puede cumplir con su cometido; a cambio de ello prevalece un yo *defensivo y resistencial*, gobernado por el principio del placer, que descarta conscientemente determinados pensamientos, en especial aquellos que resultan incómodos o inoportunos, a los que dicho yo puede aun llegar a expulsar rápidamente de la consciencia (represión) apenas afloran a esta.¹⁰ Por ello, desde el punto de vista de la técnica y ante lo que estamos revisando, hemos de llegar a la conclusión de que no bastará con las formulaciones, aclaraciones y recomendaciones que efectuemos al analizando para que cumpla satisfactoriamente con la única condición que se le ha propuesto en lo que a la tarea analítica se refiere, sino que habrá además que intervenir en las causas que en él se oponen al cumplimiento de la regla, o sea, interpretar sus resistencias. Esto recuerda lo señalado por W. Reich

cuando describía las resistencias a la labor analítica emanadas especialmente de la propia estructura caracterológica del paciente, particularmente a aquellas de naturaleza narcisista, ante lo cual no habría que limitarse a animarlo y querer convencerlo de los beneficios de colaborar, de «analizarse bien», diríamos, y a darle instrucciones para ello; es necesario realizar una paciente tarea de análisis de tales resistencias caracterológicas (W. Reich, 1933).

Ya desde el empleo del método de la interpretación de los sueños, en el que la asociación libre es utilizada bajo el estímulo de distintas *representaciones de partida* (Freud, 1900 [1899]) comenzará Freud a distinguir por lo menos cuatro tipos de objeciones habituales en el analizando para comunicar una determinada ocurrencia al analista.¹¹ A casi todas las hemos venido citando a lo largo de este trabajo. Ellas son:

- 1) Que no viene al caso.
- 2) Que es absurda o disparatada.
- 3) Que carece de importancia.
- 4) Que resulta desagradable comunicarla.

Cabe agregar una quinta, en otras oportunidades también mencionada por Freud:

- 5) Que se refiere a asuntos concernientes a terceras personas (Freud, 1912; 1917 [1916-17]).

Añadiré todavía una sexta:

- 6) Que se trata de algo repetitivo.

Es probable que aún haya otros tipos de objeciones que el analizando sea capaz de anteponer.

Como expresión de estas resistencias señala Freud: «Es raro tropezar con un enfermo que no intente reservar para sí algún ámbito a fin de defenderlo de la cura» (Freud, 1917 [1916-17]: p. 264).

Resulta de observación corriente que aun personas muy lúcidas se aferren a determinados argumentos para reivindicar alguna excepción a la regla.

Un analizando me confesó que se venía reservando comunicarme cualquier ocurrencia relacionada con todo aquello que formara parte de mi vida privada. (Lo que no le impidió satisfacer en parte su curiosidad a través de internet, en especial respecto de los libros que yo había publicado.) Resistencialmente, *él había entendido* que en el análisis estas ocurrencias no tenían cabida, que ello quedaba al margen de nuestra tarea, en tanto yo no le hablaría nunca de mi vida personal. Esta

era la excepción que él había establecido para sí mismo, por su propia y —hasta entonces— secreta cuenta, al ejercicio de la libre asociación, con lo que no solo escamoteaba material relacionado con la transferencia, sino que con esta justificación-racionalización se permitía mantener alerta la parte de su yo observador dispuesta a impedir toda comunicación vinculada con el tema, con la consecuencia que de este modo no se abandonaba a un fluir asociativo más libre.

III. 4. Entre la meditación y el sueño

Queda, pues, fuera de toda duda la gran importancia que Freud le dio a la regla fundamental, así como al análisis de las resistencias a asociar libremente. Llegados a este punto y en lo que atañe a nuestra labor específica de lograr un conocimiento profundo de la problemática del paciente y hacer consciente en este lo inconsciente, me propongo intercalar aquí unas reflexiones en torno a mi propia valoración de las asociaciones libres, dadas sus particularidades como material clínico, para lo cual seguiré abordando la cuestión desde la visión que nos proporciona la primera tópica.

No pocas veces el ejercicio de la libre asociación permite el surgimiento de un material muy demostrativo y significativo por sí mismo y para el propio paciente en tanto producción del inconsciente. Hemos de considerar especialmente el interés que a veces tiene una ocurrencia aislada, aun disruptiva, más cercana a lo inconsciente, más despojada de las características del proceso secundario que presentan otros materiales asociativos, por tanto más reveladora *per se*, y a partir de la cual se puede invitar al paciente a que continúe asociando.

Por otra parte, cuando las asociaciones libres constituyen el principal material en el que se basan determinadas interpretaciones o construcciones del analista, ello contribuye a lograr en el analizando un *insight* genuino, en tanto este comprueba que las inferencias psicoanalíticas no le vienen —por así decir— de la nada, sino que tienen su fuente en las ocurrencias surgidas espontánea y libremente de su mundo interior, de las que habrá de hacerse cargo en alguna medida y que, según considero, pueden conferir a aquellas una mayor credibilidad.

Las asociaciones nos orientan acerca de lo inconsciente activado y por consiguiente del

punto de urgencia en la sesión, posibilitando la formulación de interpretaciones basadas en este material. De allí que, como es sabido, se tenga a la asociación libre como una de las *vías regias* de acceso al inconsciente. Al igual que los sueños y los actos fallidos, me dirán. Sí, pero sin duda para analizar un sueño será mucho mejor que al relato del paciente sumemos las asociaciones que dicho sueño le despierte, tal como recomienda Freud; por algo es que, al menos quienes seguimos su técnica de interpretación de los sueños, continuamos recurriendo sistemáticamente a las asociaciones del soñante, dado que el hacerlo suele darnos excelentes resultados. Es que son en este caso sumamente necesarias; sin las mismas nuestro margen de error en la interpretación será mayor, ya que la interpretación de los sueños basada exclusivamente en el simbolismo es solo un recurso auxiliar (Freud, 1900a [1899]).

Guillermo, un hombre joven en análisis conmigo, estaba logrando evidentes progresos en su vida, tanto profesionales como económicos y sociales, sobre la base de profundos e importantes cambios en su organización psíquica. Durante su adolescencia y primeros años juveniles había sido un ser solitario, con rasgos paranoides y con una cierta tendencia a la depresión, siempre inseguro de sí mismo y con problemas de autoestima. Fue entonces que migró lejos de su familia de origen, a la que llegó a no sentir como propia, desde una posición rebelde, renegando de aquella y manteniéndose distanciado tanto geográfica como afectivamente. Lo hizo sobre todo porque las relaciones conflictivas con su padre y un hermano, caracterizadas por una feroz y destructiva rivalidad edípica, se le habían tornado insostenibles. Pero ya en su mundo psíquico se había instalado una neurótica persecución interna, habiéndose constituido un superyó cruel que lo machacaba de mil maneras. Desde luego, esto se extendía a sus relaciones con los demás, en las que tenía frecuentes problemas, con consecuencias muy perjudiciales. Su vida parecía consistir hasta entonces en un combate perpetuo, casi sin tregua alguna, debiendo permanecer siempre en guardia.

Con las mujeres tenía bastante éxito, pero sus relaciones de pareja acababan rompiéndose.

Todo esto se estaba modificando, no sin dificultades para el analizando, que experimentaba particulares estados angustiosos, traducidos en cierto

desconcierto y por momentos hasta desasosiego ante lo que cabe considerar un cambio en su sentimiento de sí, esto es en su identidad, por el que pasaría de sentirse siempre un perdedor, un tanto desconfiado y amargado, a reconocerse como un verdadero triunfador. En esta etapa me relató un sueño que tuvo durante la noche de la víspera de una sesión:

Se ve a sí mismo caminando junto a su padre. Se dirigen a buscar un coche que han estacionado en un *parking*. Primero van a uno que está abarrotado de vehículos, pero allí no lo encuentran. Seguidamente se encaminan a otro que se halla casi vacío y en un principio tampoco llegan a visualizarlo, hasta que finalmente lo hacen. Se trata de un coche de carrera, de Fórmula 1. No obstante, algo extraño e inentendible en la escena hace que Guillermo la viva como peligrosa. Entretanto, el padre cae en la cuenta de que ha olvidado buscar a su esposa, la madre del soñante, que aparece en la siguiente secuencia del sueño quejándose por ello en forma lastimera. «Al final yo me quedaba con mi padre», concluye Guillermo.

Hasta aquí el sueño.

Desde muchos años atrás, era muy frecuente que Guillermo tuviera pesadillas, bajo la forma de sueños de persecución. «Alguien siempre me persigue en los sueños para hacerme daño», me decía; también solía soñar con enfrentamientos, luchas armadas y competencias deportivas. Cabe señalar que había sido un jugador compulsivo de videojuegos de acción y violencia.

Invitado a *asociar*, me refirió que lo primero que le llamaba la atención era que, a diferencia de tantos otros sueños en los que el padre rival, cruel y burlón (o bien claros representantes del mismo) aparecía invariablemente con tales características, formando parte de pesadillas de contenidos persecutorios y destructivos y a las que Guillermo se hallaba habituado, en esta ocasión —excepcional y significativamente, pienso yo, pues ello correspondería en parte a un cambio psíquico que el analizando estaría experimentando— su progenitor se comportaba en el sueño de manera pacífica y ambos, padre e hijo, marchaban juntos plácidamente. A continuación Guillermo recordó que le entusiasaban las carreras de Fórmula 1 y que le agradaría mucho poseer un vehículo tan potente

como el del sueño (perteneciente a una escudería famosa). Por primera vez en su análisis, a propósito de lo que contenía su sueño, me manifestó que su madre había sido siempre una quejica, que a él esto le había molestado mucho y que se sentía un poco como ella, a diferencia de su padre, que jamás se quejaba de nada y que durante toda su vida había venido siendo «un hombre positivo». Añadió que le gustaría ser como él en este aspecto y que ya había empezado a serlo. Asoció el *parking* «completo» con el éxito, y pensó que el que se hallaba vacío significaría el fracaso.

Mi interpretación del sueño se inició partiendo del acercamiento del analizando a la figura de su padre, en una relación amistosa y cómplice, que se correspondería con la que se estaba dando en la realidad con él (y que coincidía con la transferencia analítica paterna predominante entonces, positiva y sublimada); se trataba de un nuevo cambio, sumamente importante. Dentro del llamado complejo paterno por Freud, ello remitiría al complejo de Edipo negativo, por el que el soñante desplazaba a la madre, cuyo lugar ocupaba en el sueño junto al padre. («Al final yo me quedaba con mi padre», había escuchado yo en mi atención parejamente flotante; y ello aún resonaba en mis oídos...) La figura del padre rival y castrador parecía dar aquí por fin paso a la del progenitor secretamente amado y largamente anhelado (complejo de Edipo negativo), con quien ahora, en esta nueva condición al analizando le era posible identificarse parcialmente, en lo que respecta a aspectos saludables del carácter de aquel que lo ayudarían a triunfar en la vida. La dualidad triunfo-fracaso también había surgido entre las ocurrencias que siguieron al relato del sueño y venía estando casi constantemente presente en el análisis, dadas las dificultades de Guillermo para convivir con el éxito que significaban sus recientes logros personales, de los que le costaba mucho disfrutar, todo lo cual entrañaba un profundo cambio en su identidad.

Pero hete aquí que en medio de mi intervención, el analizando pensó (una vez más, *asoció*) que el coche de carrera, símbolo de la virilidad y de la potencia fálica era, desde luego, un monoplaça, y me lo hizo saber, interrumpiéndome. «Miel sobre hojuelas», pensé en mi fuero interno, habiendo surgido una ocurrencia más inesperada y tardíamente, acaso en correspondencia con algo más reprimido en el sueño.

«No caben dos, entonces. Solo hay lugar para uno», le dije a Guillermo, que asintió. «¿De quién sería el coche?», le pregunté a continuación. Me respondió: «Parecería que de mi padre, pero entonces también es mío en parte. Podemos compartirlo».

En ese momento le recordé que él tenía en vista obtener en pocos meses el carnet de conducir automóviles y de comprarse un coche por primera vez en su vida, kilómetro cero además y con dinero propio, fruto de los pingües beneficios económicos obtenidos recientemente con sus creaciones en el plano profesional. Pero él había descubierto que iba posponiendo innecesaria e incomprensiblemente el hacerlo, como si no se lo permitiera, dado el significado de triunfo edípico, autonomía y potencia fálica que tales logros representaban para él. «Es para ti la consumación de tu éxito personal, haciendo lo que realmente te gusta, habiendo tanta gente de tu edad que está en el paro o directamente yéndose del país por falta de posibilidades», le señalé. Y añadí lo que para él significaba pasar de una motocicleta modesta a un coche bonito, ir solo a cualquier parte, no depender de otro que conduzca; en realidad, conducir su propia vida.

«Ahora pensé —había dicho Guillermo— que el coche es un monoplaça». Aquí se revelaba, hasta entonces encubierta, y gracias a las asociaciones nacidas del contenido del sueño, la presencia del sempiterno conflicto edípico en su faz positiva (también del complejo fraterno, en la comparación con sus pares, a los que sentía que sacaba ventaja). Nos encontrábamos pues, en este sueño, con la figura paterna en su triple condición de rival, objeto amado y modelo. Desde la relación libidinal y amorosa con su progenitor, Guillermo aspiraba a compartir con este el ansiado coche, pero desde su rivalidad edípica solo habría lugar para uno de los dos; no podrían coexistir ambos en tanto potentes y exitosos. El peligro que la escena entrañaba, correspondía pues no solo a la fantasía de castración como premisa en la relación amorosa con el padre, por la que el paciente se identificaba con la figura materna (ya lo venía haciendo en parte, quejoso como ella, en su tendencia, más profundamente reprimida, a un sometimiento masoquista al padre castrador, que alternaba con sus actitudes de rebelión), sino también como castigo por sus asimismo encubiertos deseos parricidas, en su afán de ocupar el lugar del padre.

De allí quizá que la escena con este y frente al coche fuera vivida como peligrosa en el sueño. Pero su progenitor ahora no se presentaba con rasgos tan persecutorios como venía sucediendo hasta este momento, tan crucial, del proceso psicoanalítico y de su vida en general.

Lo primero que me pregunto es si habría un mejor modo de llegar a este mutuo insight de analizando y mío que esta interacción basada en las asociaciones libres de aquel (y en mi atención flotante, desde luego). Me resulta muy difícil concebir la posibilidad de que así sea. Cierto es que el contenido manifiesto de este sueño, al que considero un jalón en el proceso analítico de este caso, incluye de por sí representaciones simbólicas sumamente significativas, pero tampoco cabe ninguna duda de que las ocurrencias del analizando (sobre todo las surgidas en último término) aportan revelaciones decisivas para que juntos podamos comprender más profunda y satisfactoriamente el cambio que estaba experimentando en su estructura psíquica, facilitar la labor interpretativa en torno a ello y la consecución de un insight genuino. Dicho sea de paso, el cambio estructural constituye, como bien sabemos, el mayor objetivo terapéutico del método psicoanalítico.

Pero hay algo más que juzgo de gran valor en cuanto a la, por así llamarle, *calidad* del insight que pueda lograr el analizando. Para ello será preciso antes volver sobre la naturaleza misma de las asociaciones libres. Estas, venimos diciendo, constituyen retoños de lo reprimido. Agrego ahora: a diferencia de otras formas de retorno de lo reprimido, nos facilitan el descubrimiento de lo inconsciente reprimido en tanto este suele hallarse, si la comparamos con las otras, menos desfigurado. Tales ocurrencias, ha dicho Freud, son «sus *directos retoños*» (Freud, 1940 [1938]. Las cursivas son mías). Ahora bien, ello obedece a que el material asociativo se produce en condiciones particulares de la actividad psíquica del analizando, que transcurre «entre la meditación y el sueño». Freud se refiere de este modo al estado psíquico del paciente en el que ha de tener lugar la asociación libre con motivo de la descripción inicial de su método de la interpretación de los sueños (Freud, 1900 [1899]), estado en el que habrán de emerger los pensamientos involuntarios; esto nos permite avizorar mejor lo inconsciente, por cuanto los pensamientos que el paciente entonces

nos trasmite responden a una mayor incidencia del proceso primario, con los fenómenos de condensación, desplazamiento y simbolización. Tales pensamientos ya han alcanzado el sistema prec-cc, lo que significa no solo que son susceptibles de ser captados y comunicados por el analizando, sino que las interpretaciones del analista que partan de ellos tendrán la cercanía necesaria con estos niveles psíquicos del analizando para aspirar a que este obtenga un auténtico *insight*, traducido en una experiencia de comprensión vivencial que tiene lugar gracias a que la interpretación se realizó en un momento oportuno para ello. De no darse esta proximidad con lo preconsciente-consciente del analizando, entiendo que la posibilidad de que la interpretación sea rechazada será por lo general mayor, o aun el recurrir a la interpretación podrá ser técnicamente erróneo. En otras palabras, considero que la interpretación que parte de asociaciones libres, además de aumentar potencialmente la alternativa de que sea acertada en lo que a su contenido se refiere, se ajusta en parte al requisito de respetar el *timing* del paciente, en tanto las asociaciones son para el analista un indicador del grado de aproximación de lo inconsciente a la superficie consciente. De este modo, además de *acertada*, la interpretación tendrá mayores probabilidades de ser *aceptada*.

Asimismo, cabe recordar lo que Freud escribe en *Construcciones en el análisis*, obra en la que destaca la importancia de las asociaciones libres que sobrevienen luego de haber sido formulada una construcción, dado que suelen ser indicativas del grado de acierto de esta. Puede tratarse de nuevos recuerdos que surgen después del «Sí» del analizando a una construcción del analista. Señala Freud: «Este ‘Sí’ sólo posee valor cuando es seguido por corroboraciones indirectas; cuando el paciente reproduce, acoplados inmediatamente a su ‘Sí’, recuerdos nuevos que complementan y amplían la construcción. Solo en este caso reconocemos al ‘Sí’ como la tramitación cabal del punto en cuestión» (p. 264).

Poco más adelante, en el mismo artículo, añade Freud acerca de la construcción: «Una confirmación igualmente valiosa [...] es que el analizado responda con *una asociación* que incluya algo semejante o análogo al contenido de la construcción» (Freud, 1937a: p. 265. Las cursivas son mías).

III. 5. La asociación libre vista desde la segunda tópica. Su relación con la transferencia analítica

Las resistencias a asociar libremente también fueron consideradas por Freud desde la perspectiva de la segunda tópica. Escribe: «Durante el trabajo con las resistencias, el yo se sale — más o menos seriamente — del pacto en que reposa la situación analítica. El yo deja de compartir nuestro empeño por poner en descubierto al ello, lo contraría, *no observa la regla analítica fundamental*, no deja que afloren otros retoños de lo reprimido» (Freud, 1937: p. 241. Las cursivas son mías).

Si seguimos incursionando en los entresijos de la asociación libre, es conveniente revisar la relación que guarda con la transferencia analítica, cosa que haremos a continuación, recurriendo a la vez a la segunda tópica.

Está claro que solo el predominio de una transferencia positiva y sublimada posibilita el ejercicio de la libre asociación. De lo contrario, ¿en razón de qué una persona aceptaría decir todo lo que le pase por la mente a alguien poco menos que desconocido, que se halla sentado detrás, al que por ende no ve y cuya conducta en la sesión tampoco podrá controlar mayormente? El paciente logrará asociar gracias a la autoridad que, conferida por la transferencia, posee el analista para él, lo que le brindará la dosis de confianza necesaria para animarse a hacerlo, venciendo, al menos transitoria e intermitentemente, temores y dudas.

A propósito de lo que estamos considerando, conviene recordar lo que Freud señala en la introducción al historial clínico de Schreber: «Puesto a que a los paranoicos no se los puede compeler a que venzan sus resistencias interiores, y *dicen sólo lo que quieren decir*, en el caso de esta afección es lícito tomar el informe escrito o el historial clínico impreso como un sustituto del conocimiento personal» (Freud, 1911 [1910]: p. 11. Las cursivas son mías).

Como en el típico y extremo caso de los paranoicos, con su proverbial desconfianza, en cualquier sujeto la transferencia negativa, cuando es muy intensa, imposibilitará todo intento de aplicar la regla de la libre asociación.

Revisemos ahora esta relación en sentido inverso: la puesta en acción del dispositivo analítico de la asociación libre implica, como decía Racker

(1952), *la abolición del rechazo de las ocurrencias* del analizando y, examinada la cuestión ahora desde la segunda tópica, la inmediata y automática depositación en el analista de la función superyoica, observadora y crítica; más concretamente, la proyección de la consciencia moral en el analista, objeto de la transferencia. Esto, sostiene Racker, determina además una transferencia analítica particularmente intensa, en especial en los comienzos del análisis.

Sobre el final de su obra Freud llegó a señalar la transferencia del superyó del analizando en el analista (Freud, 1940 [1938]. *La técnica psicoanalítica*), aunque sin vincularla, como en cambio lo hizo Racker, con la implementación de la regla fundamental.

Aquí me vuelve a la mente la afirmación de Laplanche y Pontalis (*op. cit.*) de que la regla fundamental «estructura la situación analítica»; fíjense en qué medida ello sería así, en tanto su instauración le estaría confiriendo determinadas características e intensidad a la transferencia. Nos encontramos, pues, con otro de los contenidos que podríamos reconocer en dicha afirmación, aunque esta no haya sido expresamente la intención de ambos autores.

En relación directa con lo que estamos tratando y esta vez desde la perspectiva lacaniana (Lacan, 1964), no es menos importante recordar que, desde que se inicia el tratamiento, es precisamente la instalación de la asociación libre como dispositivo analítico (cuando el analista le da entender al paciente que todo lo que diga tendrá un significado) la que, dentro del fenómeno transferencial, determina automáticamente que el paciente atribuya al analista la posición de *sujeto supuesto saber* (SSS).

Quizás no todos tengamos suficientemente en cuenta lo aseverado por Racker en lo que se refiere a nuestra labor terapéutica, pese a que se trata de algo ostensible. En lo que a mí respecta, coincido totalmente con él, por lo que la intensidad de la transferencia analítica, a diferencia de lo que ha afirmado Freud en alguna ocasión, podría alcanzar niveles de intensidad tan altos o mayores que los que se observan en otras relaciones de la vida real del paciente.

Personalmente agregaría: lo que Racker describe sucede acompañado de la inevitable fantasía por parte del analizando de hallarse sometido a un juicio,

en el que el analista representa al juez, ya que, en lo que a la consciencia moral se refiere, observación y crítica van indefectiblemente de la mano (Braier, 2005a); como consecuencia de ello el analizando experimentará, en mayor o menor grado —de acuerdo con su particular estructura psicopatológica y las vicisitudes del proceso analítico—, ansiedades persecutorias, ante las que debemos estar atentos, a los fines de analizar sus contenidos y orígenes intrapsíquicos, así como para permitir que el analizando las soporte y supere, contribuyendo así a facilitar la prosecución de la comunicación de sus ocurrencias espontáneas y a impedir que el análisis se atasque o aun naufrague. La interpretación de la transferencia negativa tendrá entonces entre sus objetivos el poner de manifiesto y vencer las resistencias de *transferencia* (Freud, 1926 [1925]) que se generen, coadyuvando así a la recuperación y el mantenimiento del grado necesario de transferencia positiva para el desarrollo del proceso analítico.

Sigamos reflexionando un poco más acerca de este importante asunto desde el modelo de la segunda tópica.

He oído decir a algunos analistas que proponer al paciente esta regla básica como norma para la tarea constituye una... imposición superyoica. En ese caso muchas de las pautas que componen el encuadre analítico, que debe ser convenido de mutuo acuerdo con el paciente, no obstante ello, podrían llegar a ser consideradas como imposiciones en lugar de proposiciones (equivalentes a: «O lo toma o lo deja»). Ello constituiría una suerte de contrato *autoritario* en lugar de *democrático* (Etchegoyen, 1986). Entiendo que los analistas tenemos derecho a solicitar a nuestros pacientes, en la medida en que estos estén dispuestos a colaborar, la aceptación de ciertos dispositivos que consideramos necesarios para lograr el éxito de nuestra labor, éxito que en definitiva ha de ser lo que más importe a unos y otros. Distinto es —y esto no debería sorprender a nadie— que en más de un caso el futuro analizando, al escuchar de boca del analista la enunciación de la regla fundamental, *la viva* como una imposición apremiante, incluso amenazadora. La frase siguiente o similar, «procure decir todo lo que le pase por la mente, se trate de lo que se trate... etc.» (y sobre todo si además le transmitimos algo así como: «incluyendo —dice Freud— aquello frente a lo cual aparecerán

especiales reparos a hacerlo»¹²), puede ser escuchada por el sujeto como si se le hubiese espetado, de manera imperativa: «¡Debe confesarlo todo!», y como si ciertamente de un juicio se tratase. Tales efectos persecutorios se producirán en grado variable según la estructura psíquica de cada individuo y el momento que esté atravesando; y es probable que sean inevitables, pero de lo que se trata es de que el analista los tenga en cuenta para interpretar la situación que pudiera generarse.

Ahora bien, todo esto, al menos en mi criterio, no nos autoriza a concluir que la proposición de la regla fundamental sea en sí misma una actitud superyoica del analista. Antes este habrá procurado, en lo posible, precisar si el paciente en cuestión podrá responder favorablemente y en alguna medida a esta sin duda exigente condición (generalmente será un sujeto neurótico el que resultará más capaz de ello); acto seguido habremos logrado un acuerdo, por lo pronto inicial con el paciente, en razón del cual este intentará abocarse a asociar libremente y nosotros iremos interpretando las resistencias que experimente para hacerlo a lo largo del análisis. Esto dependerá, en suma, del ámbito *subjetivo* de cada paciente, de su estructura psicopatológica y será por lo tanto analizable, no teniendo tampoco por qué constituir necesariamente un escollo insalvable. La asociación libre, al ser instituida, pondrá en evidencia las resistencias del analizando, hecho por sí mismo necesario e importante en el trascurso del proceso analítico, sobre el que volveré luego una vez más. Pero la experiencia analítica, en lo que a todo esto respecta, no podrá ahorrarle a aquel, inmerso en el campo de la transferencia, cierto grado de ansiedad o de dolor psíquico.

En este orden de cosas, he de decir que Etchegoyen (1986) señala que ha de respetarse siempre la regla. Se sobreentiende que la considera un componente esencial del método, que no la discute ni mucho menos pone en tela de juicio el recurrir a ella en el momento de plantear las condiciones del contrato analítico; pero se encarga de advertir acerca de la necesaria prudencia en su instauración y empleo de acuerdo con la patología del paciente (menciona el caso de sujetos obsesivos, hipomaníacos, maníacos o psicopáticos), cuidando además de enunciarla de manera breve y sencilla.

Quizás, sobre todo ante sujetos muy paranoides, muy obsesivos o muy fóbicos, por ejemplo, el pedido

de que asocien libremente se «suavice» y sea mejor recibido mientras se lo planteemos de tal modo que, en lugar de un imperativo, una orden o imposición amenazadora, ellos entiendan que lo que se les pide es que *lo intenten*; que intenten asociar.

Como dice Valls (1995): «[...] el paciente es invitado —y *no conminado*— a asociar libremente» (Las cursivas son mías).

Es cierto que, en lo que sería la prehistoria del tratamiento psicoanalítico, Freud comenzó introduciendo la asociación libre *coercitivamente* a partir de un determinado elemento aportado por el paciente (Freud, 1893-1895a); pero, pocos años más tarde, con el nacimiento del método psicoanalítico propiamente dicho, la propuesta de una asociación libre que rigiera de modo permanente y espontáneo (en lo que atañe a no tener que surgir necesariamente de un elemento dado) habría de hacer que la a partir de entonces considerada «regla fundamental» dejara de tener ese carácter coercitivo.

De lo que se trata es de invitar, proponer, no de imponer. Además, si después nos obstináramos en pretender que el analizando se la pase asociando *todo el tiempo y sin darle tregua*, si lo martirizáramos aposentándonos cual tábano que le machaca al oído, faltos de la necesaria y humana tolerancia, paciencia y flexibilidad, entonces sí la instauración de la regla se habría convertido en una verdadera —y hasta abusiva y disparatada— imposición superyoica.

Tampoco está de más anticipar al paciente que se trata de una regla destinada a ser inevitablemente trasgredida en diversos momentos del tratamiento.

A la vez no deja de ser verdad que la situación analítica es tal que al mismo tiempo representa una oportunidad única, inédita y hasta insólita para que una persona pueda permitirse decir todo lo que le venga en gana, cosa que en la vida cotidiana normalmente no es posible;¹³ el paciente es autorizado y estimulado a ello y hasta tendrá derecho a pensar —con razón, además— que, al obrar de este modo, contará con el beneplácito del analista. Aunque es más bien raro que esta, la versión permisiva, sea la que prevalezca en el sentir de aquel, si bien cuando logra asociar libremente suele estar vigente una transferencia positiva, por la cual existe concomitantemente el deseo de ser por ello aceptado, valorado o amado por el analista. (Deseo de convertirse en «el buen paciente-hijo».)

Me parece que por lo general son las resistencias las que pueden más y que lo corriente es que el analizando experimente con intensidad variable la citada fantasía de hallarse sometido a un juicio. Chocará entonces con sus propios reparos para comunicar sus ocurrencias. Comprobará, entre otras cosas, que sencillamente *no es libre*; en este caso no lo es para pensar ni tampoco decir lo que se le ocurra y se le dé la gana, aunque haya otro que se lo permita y aun lo anime a hacerlo. Importante comprobación, que refleja la realidad propia de todo sujeto, comenzando por el neurótico. La censura actúa automática, involuntariamente en él; incluso inconscientemente, como irá descubriendo en el análisis. En esas circunstancias el yo del analizando, que ejerce una función autoobservadora, podrá percibir que hay una instancia psíquica que opera de modo constante sobre él, observándolo y criticándolo, y que es a raíz de la presencia y acción de esta instancia, que tiende a transferir al analista, que se origina la fantasía de estar sometido a un juicio.

Si somos consecuentes con el pensamiento freudiano, podemos convenir que en todo sujeto neurótico persisten, en mayor o menor grado, fantasías incestuosas y parricidas, por los que en su mundo psíquico habitarían inexorablemente contenidos vinculados a lo que, de hacerse conscientes, correspondería a un sentimiento de culpa, con la consiguiente necesidad de castigo; esto, en esencia, transcurre en el plano inconsciente. Entonces, el «¡confiese!» no puede remitir en el fondo a otra cosa sobre todo que a estos deseos prohibidos y reprimidos en el paciente, aunque él *a priori* conscientemente no lo sepa, claro está. Y de ello no se salvaría ningún neurótico, ni tampoco siquiera alguien que, idealmente, pudiera ser considerado normal.¹⁴

IV. La capacidad de asociar libremente como indicador de analizabilidad

Cabe recalcar la importancia de la capacidad de un sujeto para asociar libremente como signo de analizabilidad. Esto ha sido señalado por Waldhorn (1960). (Desde luego, me estoy refiriendo a lo que sería la cura-tipo, sobre todo en sujetos neuróticos. Hoy en día la praxis nos ha llevado a extender el tratamiento analítico a pacientes no neuróticos,

no siendo raro ni mucho menos que tengamos que prescindir de la libre asociación.) Se trata sin duda de una aptitud del analizando al servicio de la labor analítica, aunque, desde luego, insuficiente por sí sola; tanto es así que en la práctica es posible encontrarse, por ejemplo, con pacientes capaces de asociar libremente, pero con escasas aptitudes para el *insight*.

Además, los colegas que son escépticos en relación con estos atributos de los pacientes para el análisis y que no albergan demasiadas expectativas en que estos asocien desde los inicios del tratamiento, suelen argumentar, no sin motivo, que es la misma patología del paciente la que se lo impide y que en realidad muchos consiguen asociar libremente *recién a medida que se van curando* y no antes, lo que es decir sobre el final del análisis; podemos pensar que ello, entre otras cosas, respondería a factores tales como la gradual disminución o desaparición de las angustias neuróticas, relacionada con la superación de la amenaza de castración, por ejemplo, claro referente del progreso en el análisis y a los fines del alta, así como con la disminución del temor al castigo del superyó, por parte de un yo que ha logrado ser más independiente de esta instancia psíquica (Freud, 1933a [1932]), lo que acaso se acompañe a veces de una eventual modificación de esta última en lo que respecta a su severidad (Strachey, 1934; Braier, 2005). Será entonces cuando, a la hora de asociar libremente, los pacientes toleren mejor la presencia en su consciencia de aquellos pensamientos relacionados con sus deseos prohibidos.

Considero que Guiter y Marucco (1984) están en lo cierto cuando vinculan la capacidad de asociar libremente con la libertad y la creación. En nosotros, psicoanalistas, el empleo de la asociación libre por parte del analizando y por nosotros mismos a partir del material que este nos brinda, nos permite acceder a una estimulante y singular experiencia investigativa y que percibimos como ligada a la creatividad. Algo muy similar acontece del lado del paciente que asocia libremente, cuando su sensación de enjuiciamiento ha desaparecido o amainado.

Eduardo Braier

Salvador Espriu, 69/ 71, 6º 2ª

08005 Barcelona

[T] 932213094

[@] eabraier@telefonica.net

Referencias bibliográficas

- BARANGER, M. y W. (1957). *Problemas del campo psicoanalítico*. Buenos Aires: Kargieman (1969).
- BLANTON, S. (1974). *Diario de mi análisis con Freud*. Buenos Aires: Corregidor, 1974.
- BRAIER, E. (1981). *Psicoterapia breve de orientación psicoanalítica*. Buenos Aires: Nueva Visión, 1981.
- . (2005). ¿Puede el superyó cambiar con el análisis?. *Revista de Psicoterapia y Psicósomática* (IEPPM). Madrid: Año XXV, n. 60, septiembre 2005.
- . (2005a). De las funciones del superyó. *Revista Intercambios. Papeles de Psicoanálisis*. Barcelona: n. 15, Noviembre 2005, pp. 5-8.
- . (2011). ¿Psicoanálisis y/o psicoterapias?. Ponencia magistral en el XXIV Simposium de las Américas, Guadalajara, *Psicoanálisis y psicoterapias*. Asociación Psicoanalítica de Guadalajara. Guadalajara, México: 18 de febrero de 2011.
- ETCHEGOYEN, R. H. (1986). *Los fundamentos de la técnica psicoanalítica*. 3.ª ed. Buenos Aires: Amorrortu editores.
- FREUD, S. (1893-1895). Señora Emmy von N. (40 años, de Livonia). *Historiales clínicos*. En *Estudios sobre la histeria* (en colaboración con J. Breuer). Obras Completas (OC). Vol. II. Buenos Aires: Amorrortu editores.
- . (1893-1895a), *Sobre la psicoterapia de la histeria*. En *Estudios sobre la histeria* (en colaboración con J. Breuer). OC. Vol. II. (Capítulo IV).
- . (1897). Fragmentos de la correspondencia con Fliess. Carta 71 (15-10- 1897). OC. Vol. I.
- . (1900 [1899]). El método de la interpretación de los sueños. Análisis de un sueño paradigmático. En S. Freud, *La interpretación de los sueños*. OC. Vol. IV. (Capítulo II).
- . (1900a [1899]). *La interpretación de los sueños*. OC. Vol. V.
- . ([1904 1903]). *El método psicoanalítico de Freud*. OC. Vol. VII.
- . (1909). *A propósito de un caso de neurosis obsesiva*. OC. Vol. X.
- . (1909a). Agregado a S. Freud, 1900 [1899]), ob. cit.
- . (1911 [1910]). *Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia (Dementia paranoides) descrito autobiográficamente*. OC. Vol. XII.

- . (1912). *Consejos al médico sobre el tratamiento psicoanalítico*. OC. Vol. XII.
- . (1912a). *Sobre la dinámica de la transferencia*. OC. Vol. XII
- . (1913). *Sobre la iniciación del tratamiento*. OC. Vol. XII.
- . (1914). *Recordar, repetir y reelaborar*. OC. Vol. XII.
- . (1915). *Lo inconsciente*. OC. Vol. XIV.
- . (1916 [1915-16]). Premisas y técnica de la interpretación. *Conferencias de introducción al psicoanálisis* (Parte II. El sueño), 6.^a conferencia. OC. Vol. XV.
- . (1916a [1915-16]). Contenido manifiesto del sueño y pensamientos oníricos latentes. *Conferencias de introducción al psicoanálisis* (Parte II. El sueño), 7.^a conferencia. OC. Vol. XV.
- . (1917 [1916-17]). Resistencia y represión. *Conferencias de introducción al psicoanálisis* (Parte III), 19.^a conferencia. OC. Vol. XVI.
- . (1918 [1914]). *De la historia de una neurosis infantil (el «Hombre de los Lobos»)*. OC. Vol. XVII.
- . (1923 [1922]). Dos artículos de enciclopedia: «Psicoanálisis» y «Teoría de la libido». OC. Vol. XVIII.
- . (1923). *El yo y el ello*. OC. Vol. XIX.
- . (1924). *La pérdida de la realidad en la neurosis y la psicosis*. OC. Vol. XIX.
- . (1925 [1924]). *Presentación autobiográfica*. OC. Vol. XX.
- . (1926 [1925]). *Inhibición, síntoma y angustia*. OC. Vol. XX.
- . (1926). *Psicoanálisis y medicina (Análisis profano)*. Obras Completas (OC). Vol. II. Biblioteca Nueva, 1948, p. 753¹⁵.
- . (1933 [1932]). Revisión de la doctrina de los sueños. En *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis*. Conferencia 29. Obras Completas (OC). Vol. XXII. Buenos Aires: Amorrortu editores.
- . (1933a [1932]). La descomposición de la personalidad psíquica. En *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis*. Conf. 31. OC. Vol. XXII. Conf. 31.
- . (1936). *Carta a Romain Rolland (Una perturbación del recuerdo en la Acrópolis)*. OC. Vol. XXII.
- . (1937). *Análisis terminable e interminable*. OC. Vol. XXIII.
- . (1937a). *Construcciones en el análisis*. OC. Vol. XXIII.
- . (1940 [1938]). *Esquema del psicoanálisis*. OC. Vol. XXIII.
- GITELSON, M. (1952). The emotional position of the analyst in the psychoanalytic situation, *International Journal of Psycho-Analysis*, vol. 33, pp. 1-10. Citado por R. H. Etchegoyen (1986), ob. cit.
- GUITER, M. y MARUCCO, N. (1984). Asociación libre y atención flotante. Puntualizaciones, reflexiones y comentarios, *Revista de Psicoanálisis*. Vol. n. 5, 1984, pp. 853-860.
- LACAN, J. (1964). *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Barcelona: Barral Editores, 1977.
- LAGACHE, D. (1951). «Le probleme du transfert», XIV Conferencia de Psicoanalistas de la Lengua Francesa, *Revue Française de Psychanalyse*. (Buenos Aires: Nueva Visión, 1975). Citado por R. H. Etchegoyen (1986), ob. cit.
- LAPLANCHE, J. (1999). *Breve tratado del inconsciente*. En J. Laplanche, *Entre seducción e inspiración: el hombre*. Cap. 3, p. 92. Buenos Aires: Amorrortu editores, 2001.
- LAPLANCHE, J. y PONTALIS, J. (1968). *Diccionario de Psicoanálisis*. Barcelona: Labor, 1971.
- MALAN, D. H. (1963). *La psicoterapia breve*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1974.
- PLA, C. (2007). *Leer a Freud*. Buenos Aires: Lazos, 2007.
- RACKER, H. (1952). «Consideraciones sobre la teoría de la transferencia», conferencia leída en la Asociación Psicoanalítica Argentina. En H. Racker, *Estudios sobre técnica psicoanalítica*. Cap. III. Buenos Aires: Paidós, 1960. pp. 951-983.
- REICH, W. (1933). *Análisis del carácter*. Buenos Aires: Paidós, 1965.
- SHAKESPEARE, W. *Hamlet, príncipe de Dinamarca*. En W. Shakespeare, *Obras Completas*. Madrid: Aguilar, 1966.
- STRACHEY, J. (1934). Naturaleza de la acción terapéutica del psicoanálisis, *Revista de Psicoanálisis*, vol. 5, n° 4, 1948.
- VALLS, J. L. (1995). *Diccionario freudiano*. Madrid: Julián Yébenes, 1995.
- WALDHORN, H. (1960). Assesment of analyzability: technical and theoretical observations, *Psychoanalytical Quarterly*, XXIX, 1960.

Notas

- [1] En lo que a mí respecta caigo en la cuenta de que, como me ha venido sucediendo con cierta asiduidad, mi interés se ha dirigido una vez más hacia temas olvidados, descuidados o que incluso constituyen verdaderos tabúes en psicoanálisis.
- [2] De este modo mis insistencias y repeticiones en el presente trabajo se asemejan, sin habérmelo yo *a priori* propuesto, al estilo freudiano de planteamiento de tales formulaciones.
- [3] Empleo el concepto de *situación analítica* en el sentido en que lo trae Etchegoyen (1986), quien a su vez, diferenciándola del *proceso psicoanalítico*, toma especialmente en cuenta las definiciones de autores como Lagache (1951) y Gitelson (1952). La que propone este último, sencilla y clara, es la siguiente (transcripta por Etchegoyen): «La situación analítica puede ser descripta como la configuración total de las relaciones interpersonales y de los eventos interpersonales que se desarrollan entre el psicoanalista y su paciente» (p. 460).
- [4] La analogía, tomada al pie de la letra, se presta asimismo para incluir las imágenes visuales que puedan surgir en el analizando al abandonarse a la libre asociación.
- [5] Como es natural, en estas circunstancias no resulta pertinente que el paciente responda con asociaciones libres a lo que el

analista le informa, propone o pregunta, lo que en algunas ocasiones sucede, rozando entonces lo absurdo. (No falta el analista que cuenta en su haber con una anécdota de este tipo, en cuyo caso suele tratarse de una broma o burla que el paciente se permite gastar, casi siempre no exenta de resistencia, como si le dijera: «¿No ve usted que esto de decir cualquier cosa es ridículo y solo cabe hablar coherentemente?».) Sin embargo, una vez tratado razonable y formalmente el asunto en cuestión (horarios, honorarios, etc.), siempre se podrá contar con la posibilidad de que el paciente transmita las ocurrencias espontáneas que la intervención del analista le suscitó, lo que habrá de formar parte del material analítico como cualquier otro.

[6] Lo que sigue de inmediato en el texto freudiano es precisamente la referencia a la metáfora del viaje en tren, que ya hemos comentado.

[7] Esto último integra el análisis de las resistencias, por medio del cual el paciente tomará consciencia de la existencia de estas y habrá de enfrentarlas.

[8] Ello sería idéntico a lo que parece haberle sucedido a Elisabeth von R., la paciente de Freud, según relata este en los historiales clínicos de *Estudios sobre la histeria* (Freud, 1893-1895). Ante el lecho de muerte de su hermana y hallándose enamorada de su cuñado, cuenta Freud que atravesó por la mente de Elisabeth el siguiente pensamiento: «Ahora él queda libre y puede casarse contigo», añadiendo Freud a continuación: «Esta escena se olvidó en el acto» (Freud, 1924). Lo que sobrevino entonces fue la inmediata represión de tal idea, inaceptable para la joven paciente.

[9] El empleo del término «retenciones» no me pertenece y en el momento de redactar este escrito no recuerdo quién fue el que lo utilizó inicialmente. Confieso que su uso me complace, en tanto que con el de «resistencias» conforma una suerte de sugerente juego de palabras, cuyo significado hace que ambos términos estén íntimamente vinculados.

[10] Desde la segunda tópica (Freud, 1923) esta acción yoica remitirá al sector inconsciente del yo, en el que se generan los mecanismos de defensa.

[11] Véase también Freud, 1909; 1913; 1916a [1915-16]; 1917 [1916-17]; 1923 [1922]; 1925 [1924] y 1940 [1938].

[12] Continúa diciendo Freud: «[...] las ocurrencias que así querrían sofocarse se revelan *sin excepción* como las más importantes, las decisivas para descubrir lo inconsciente» (Freud, 1916a [1915-16]: p. 105. Cursivas de Freud).

[13] En relación con esto véase en el epígrafe del presente trabajo la frase formulada por J. Laplanche.

[14] Al acudir en épocas muy tempranas de su labor investigativa a aquello de lo que hablaba el príncipe Hamlet, Freud advertía que todo esto ya lo sabía Shakespeare, como cuando este le hace decir a Hamlet: «*Trátase a cada hombre según se merece, y ¿quién se libraría de ser azotado?*». (W. Shakespeare. *Hamlet*. Acto II, escena 2).

Para nuestro asombro, ya que corría recién el año 1897 y a propósito de esta frase, Freud escribe a su amigo Fliess, refiriéndose a Hamlet: «Su consciencia es su consciencia de culpa *inconsciente*» (Freud, 1897: p. 308. La cursiva es mía). El propio Freud nos brindaría ulteriormente una invaluable muestra de esta cuestión central en la condición neurótica del ser, captada en su autoanálisis, al describir las muchas complicaciones, emanadas de su propia persona, para concretar su ansiado viaje a Atenas, así como sus dificultades, una vez frente a la Acrópolis, para disfrutar de la experiencia; fue entonces cuando se cruzó por su mente el pensamiento de haber llegado más lejos que su padre y comprendió que lo que le sucedía tenía que ver con sus sentimientos de culpa y «el severo superyó» (Freud, 1936).

[15] En la edición de Amorrortu editores de las Obras Completas de Sigmund Freud figura con el título *¿Pueden los legos ejercer el psicoanálisis?* (Buenos Aires, Amorrortu editores, XX).